
La nueva órbita de la participación social

LUIS ARANGUREN GONZALO



CLAVES PARA EL 2015



CLAVES PARA EL 2015

7 CLAVES PARA EL 2015:
LA NUEVA ÓRBITA DE LA PARTICIPACIÓN SOCIAL

Autor

LUIS ARANGUREN GONZALO

Coordinación de la colección

PABLO J. MARTÍNEZ OSÉS

Diseño de Portada

JOSÉ MARÍA SAN ANTONIO

Diseño y Maquetación

PEDRO MARTÍNEZ

Ilustraciones

MARTA CHICOTE JUIZ

© PLATAFORMA 2015 Y MÁS, 2010
7 CLAVES PARA EL 2015

Plataforma 2015 y más

C/ Príncipe, 10 2º ext. dcha.
28012 Madrid
Telf. +34 91 4029286
www.2015ymas.org

© de esta edición: IEPALA, 2010

ISBN-13: 978-84-89743-72-4

Depósito Legal: M-41162-2010

Impresión

Unigráficas

Esta publicación forma parte de un proyecto financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de la Plataforma 2015 y más y no refleja necesariamente la opinión de la AECID.



CLAVES PARA EL 2015

La nueva órbita de la participación social



CLAVES PARA EL 2015

Café Bar EL 7

Durante toda la colección, nos acompañarán los diferentes personajes que habitan el café bar “El 7”, señalando y subrayando aspectos importantes del texto.

Con grandes dosis de ironía y sentido del humor, este bar se irá convirtiendo, viñeta a viñeta, en un microcosmos donde todos podremos vernos reflejados, con muchas de nuestras virtudes y nuestros defectos.



7 Claves para el 2015

Sobre la colección.

Se acaba el tiempo. En 2015 se acaba el plazo para cumplir con los Objetivos del Milenio. Sabemos que no se está haciendo lo suficiente para mejorar las condiciones de vida de miles de millones de personas condenadas a la exclusión. Hacen falta más recursos para programas de cooperación orientados a estrategias de lucha contra la pobreza y a desarrollo social. Hace falta también aunar la voluntad política de los gobernantes de todos los países, enriquecidos y empobrecidos, para priorizar sobre cualquier otra consideración un programa de desarrollo mundial basado en la dignidad de las personas. Hace falta, además, ser coherentes con los principios del desarrollo equitativo, justo y sostenible que propugnan nuestros discursos.

La *Plataforma 2015 y más* apuesta por exigir que las grandes políticas no sigan viviendo de espaldas a los principios del desarrollo humano, que se examinen las consecuencias de las diferentes políticas comerciales, laborales, migratorias o ambientales para conocer cómo impactan en las posibilidades de desarrollo de las personas y de los pueblos. La clave para el cambio está en la capacidad de la ciudadanía para exigir a nuestros gobernantes que hagan políticas coherentes con los principios del desarrollo.

Esta colección pretende proporcionar información y argumentos, desde un enfoque crítico, sobre cómo lograr que en el año 2015 las cosas empiecen a cambiar realmente. Siete textos para una globalización alternativa. Siete títulos para expresar los requisitos que el desafío nos exige. Siete guías para la reflexión y la participación. Siete claves para 2015.

Títulos de la colección:

- Globalización, Objetivos del Milenio y Trabajo Decente.
- Mujeres: Derecho a tener Derechos.
- Hacia una democracia que gobierne el mundo.
- Los Derechos Humanos en serio.
- La nueva órbita de la participación social.
- El comercio internacional: exclusión y privilegios.
- Sostenibilidad ambiental: un bien público global.



CLAVES PARA EL 2015

LA NUEVA ÓRBITA DE LA PARTICIPACIÓN SOCIAL

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13
PARTE I	
NUEVA ÉPOCA Y NUEVOS RECLAMOS SOCIALES	19
La crisis como catástrofe y como aliento	20
Democracia cosmética	22
En torno a la globalización	24
PARTE II	
LA ÓRBITA DEL SUJETO COSMOPOLITA	27
Un intento de definición	28
Acercamiento antropológico	30
El problema del sujeto	32
El ciudadano global	34
Espacios habitables	36
Sociedad en red	38

ÍNDICE

PARTE III	
LA ÓRBITA DEL ESPACIO MORAL HABITABLE	41
Qué entendemos por “nosotros”	42
Deuda social	44
Desde una ética cívica	46
Ensanchar la mirada	49
PARTE IV	
LA ÓRBITA DE LA INCIDENCIA POLÍTICA	53
Toma de conciencia: recursos y capacidades	54
Participación y poder político	56
A la búsqueda de nuevas mediaciones	60
La agenda que viene	63
PARTE V	
LA ÓRBITA DEL PROCESO EDUCATIVO A LARGO PLAZO	67
Conjugar presente con futuro	68
Presupuestos para echar a andar	70
Participación inteligente	71
Claves para la participación social	72
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA UTILIZADA	75



CLAVES PARA EL 2015

PRÓLOGO

¿Título del prólogo?

En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cum-

- se sigue concentrando la riqueza y los ingresos en cada vez menos manos en todo el planeta
- se sigue incrementando la brecha existente entre la población pobre del sur y los ricos del norte,
- el Cambio Climático avanza imparable y la insostenibilidad, tanto ambiental como social y económica, amenaza el futuro del planeta.



En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo por objetivo en esta parte de la guía, sino que además:

En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo por objetivo en esta parte de la guía, sino que además:

En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo por objetivo en esta parte de la guía, sino que además:

En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo por objetivo en esta parte de la guía, sino que además:

En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo por objetivo en esta parte de la guía, sino que además:

En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo



En 2000, los dirigentes mundiales se pusieron de acuerdo en las Naciones Unidas en fijar unas metas para alcanzar los denominados objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) antes del año 2015. En 2010 los compromisos no sólo no se están cumpliendo, tal y como se detalla objetivo por objetivo en esta parte de la guía, sino que además:



CLAVES PARA EL 2015

Introducción

DURANTE el año 2008 se estrenó una película-documental titulada *Flores de luna*, que narra la historia de construcción solidaria de un barrio marginal de Madrid y cargado de simbolismo, como es el Pozo del Tío Raimundo. El barrio del mítico padre Llanos, de la colaboración en la construcción de chabolas los fines de semana por parte de jóvenes estudiantes universitarios, más tarde ministros y altos cargos en los gobiernos de UCD de la transición y del PSOE de 1982, del nacimiento de Comisiones Obreras, pero ante todo el lugar donde miles de vecinos, muchos de ellos sin apenas saber leer ni escribir, se hicieron fuertes para levantar sus chabolas y para reivindicar la remodelación de su barrio en aquel lugar y que no les expulsaran, como se tenía previsto en el plan del Ministerio de Vivienda y del Ayuntamiento de Madrid de aquellos años.

En el mencionado documental aparecen las vivencias y opiniones de los protagonistas de aquellos años, y junto a ellos se da palabra a las nuevas generaciones. Los hijos y nietos de quienes forjaron aquella historia de participación y solidaridad, chavales de 16 y 17 años, expresaban tanto en su estética como mediante sus palabras su conformismo actual, su hastío del estudio, de la familia, de la vida; su rechazo a las personas inmigrantes, su concepción del barrio como gueto en el que no entra nadie, su acomodación a un bienestar recibido. Los hijos y nietos de los artífices de una solidaridad modélica desde los años 50 hasta bien entrados los 80 del pasado siglo ignoraban la historia de su propio barrio, que es lo mismo que decir la historia de vida de sus padres y abuelos.

El mapa de su barrio solo contenía lugares de citas, bancos donde comer pipas, parques para pasear, estación de tren de cercanías con el nombre de “El Pozo”. Ignoraban la geografía de un barrio donde encontrar personas, rostros



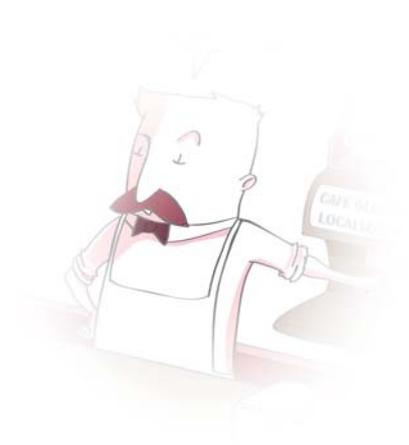
desgastados por los años, que podían narrar la historia de una solidaridad y una forma de participación social vivida a golpes de osadía, enfrentamiento a la legalidad vigente y sentido de rebeldía innata ante la injusticia; esas personas eran sus padres, sus abuelos. La nueva generación se había fosilizado y emergía como nuevo sujeto social-tribal, propio de los tiempos que vivimos: un sujeto que defiende un “nosotros” exclusivista y autoclausurado en sí mismo.

La participación social hoy ya no es ni debe ser, quizá, como esa referencia que muchos aprendimos en las escuelas de la vida que fueron los barrios periféricos de las grandes ciudades, o en los focos de desarrollo comunitario en ámbitos rurales, o las tomas y acciones de protesta desarrolladas en los pueblos del Sur. La participación social está ligada al momento histórico concreto en que se desarrolla y que obedece a acciones colectivas, organizaciones cívicas y sujetos sociales específicos de ese tiempo y esos lugares. En la participación convergen la vivencia del tiempo como aceleración y del espacio como encontronazo, la revolución de las necesidades humanas, la vigencia de los valores postmaterialistas, el auge de la individuación, el declive de lo político, la amenaza de la sociedad del riesgo y la incertidumbre como síntesis de esta nueva era. Esta convergencia de realidades nuevas modifican necesariamente los modos de concebir y de construir la participación social.

Por tanto, hemos de hacer el esfuerzo de reinventar la participación a la luz del nuevo tiempo que nos toca vivir. Por eso titulamos este cuaderno “La nueva órbita de la participación”. El concepto órbita se define como “la trayectoria que, en el espacio, recorre un cuerpo sometido a la acción gravitatoria ejercida por los astros”. En efecto, la participación social dibuja una trayectoria de emancipación en un espacio concreto (local y/o global), y su acción se ve sometida a las fuerzas exteriores e interiores que ejercen y, en ocasiones, logran modificar dicha órbita.

En estas páginas trataremos de ofrecer algunas claves de comprensión, partiendo en primer lugar de la toma de conciencia de lo que supone habitar y ser protagonistas de un cambio de época que cada día nos depara nuevas sorpresas. En segundo término esbozaremos la figura del sujeto cultural necesario para la participación social en este nuevo contexto. A continuación analizaremos el marco ético de la participación desde la configuración de ésta como espacio moral y no sólo como agregación de individualidades. En el

cuarto punto señalaremos algunas consideraciones sobre la participación y su necesaria incidencia política, para terminar puntualizando los términos educativos de este modo de concebir la participación, de forma que este cuaderno sirva como instrumento de pedagogía organizativa y política.





CLAVES PARA EL 2015

PARTE I

Nueva época y nuevos reclamos sociales

AMIN Maalouf comienza su libro *El desajuste del mundo* con esta provocadora sentencia: “Hemos entrado en este nuevo siglo sin brújula”¹. Unos años antes éramos conscientes de que acabábamos el siglo anterior habitando en la globalización de un mundo sin rumbo (Ramonet) en el seno de una sociedad líquida (Bauman), repleto de no-lugares (Augé), amenazado por riesgos fabricados (Beck) y morando en el ámbito de una ética de naufragos (Marina) que adormece en la era de un vacío que no genera angustia (Lipovetsky). Eran descripciones que certificaban lo que a comienzos del siglo XX intelectuales personalistas como Marcel y Mounier calificaban como mundo roto o final de la civilización occidental. En este estado de cosas, la perspectiva de cambio social emancipatorio quedaba lejos, como lejos quedaban las formas de acceder a estos cambios. La participación social se sumerge en este desajuste global y debe beber de él para extraer nuevas oportunidades de desarrollo. Tres de estos desajustes los constituyen el acontecimiento de la crisis global que padecemos, el declive de nuestras democracias y el auge de una globalización que conviene matizar; debajo de estas situaciones se atisban formas de participación que nos darán pie para continuar profundizando más adelante.

¹ MAALOUF, A, *El desajuste del mundo*, Alianza, Madrid, 2009, 13

La crisis como catástrofe y como aliento

¿HABRÁ vida después de esta crisis?, se preguntan los analistas. La crisis financiera que ha traído consigo la crisis económica, social y política ha dejado al descubierto fallas de nuestro sistema neoliberal anunciados desde antiguo. Ahora toca recoger los cascotes de este derrumbamiento.

Posiblemente estemos asistiendo a una crisis profunda y larga; no solo va a acarrear muchos sufrimientos entre las personas y pueblos más vulnerables sino que la recuperación se coloca en el plazo de los 20 años. Es la tercera caída de nuestro sistema-mundo en veinte años: primero fue la caída del muro de Berlín, y el final del bloque soviético y el consiguiente enfrentamiento este-oeste; en segundo lugar, la caída de las torres gemelas el 11-S y el final de la hegemonía norteamericana con el consiguiente enfrentamiento occidente-oriental. En tercer lugar estamos asistiendo a la caída del sistema financiero desregulado que anuncia el fin de la era del capitalismo salvaje y que propicia enfrentamientos sur-norte tanto a nivel global, como en el sur y entre los países del norte donde el nerviosismo cunde a la hora de regular a los inmigrantes.

En tiempos de cambio y crisis de tal magnitud bien sabemos que la historia nos ofrece salvadores de cuño totalitario capaces de dar seguridad a las masas; los nuevos Hitler o Stalin ya están en campaña. Y sin embargo no hay que desaprovechar la ocasión para ver oportunidades de desarrollo de la participación social pacífica y portadora de alternativas de desarrollo viable y duradero.

La crisis nos alerta acerca del patrimonio común de la humanidad y de la necesidad de adoptar nuevas reglas de comportamiento económico y político. Así lo afirma el director general del FMI: "Esta crisis es un fracaso de la supervisión, un fracaso de la creencia de que el mercado puede regularse solo; hay que cambiar el funcionamiento del sistema, hay que





cambiar las reglas del juego, hay que cambiar la regulación. La lección es que para que el mercado funcione bien se necesita de más Estado y de más poder político”²

Una vez los Estados occidentales han salvado a sus bancos (alrededor de 8.7 billones de dólares se han inyectado a los bancos desde el patrimonio de los contribuyentes) llega la hora de que esos contribuyentes – organizados- pongan su mirada en salvar al planeta sin mesianismos ni adulaciones al líder de turno. La tarea es ardua y todo está por inventar. Sin embargo, muchas de las medidas urgentes que deben enfrentarse para aliviar al planeta herido en el que habitamos se encuentran en la agenda de las organizaciones de solidaridad y movimientos altermundistas. En medio de tanta descomposición y desintegración hemos de reconocer que los nuevos focos de participación social constituyen un movimiento de fuerza moral y de transformación que resulta decisivo para el momento histórico que atravesamos. La participación prende en tanta gente que colabora, coopera y se presta para articularse en equipo y aportar su grano de arena.

² Comunicado de la agencia AFP, 9/10/2008, en RAMONET, I, *La catástrofe perfecta*, Icaria, Barcelona, 2009, 87.



Democracia cosmética

UNO de los signos evidentes de la ausencia de brújula colectiva en la que nos movemos es el declive de la democracia y de las instituciones sociales y políticas tradicionales. Este hecho afecta de modo particular a los fenómenos de participación, especialmente por defecto. El declive participativo en la esfera social y política se encuentra vinculado a la crisis de representatividad de la democracia occidental. Ya no es una constatación sociológica, sino que asistimos a la pérdida imparable de musculatura moral de la democracia, tal y como ahora la conocemos. A la crisis de representatividad se une la crisis de legitimidad, que ciertamente puede resultar paradójica: “mientras crece el consenso básico sobre las virtudes de la democracia y su superioridad frente a otros sistemas de gobierno (legitimidad difusa), crece también el disenso sobre la eficacia de los procedimientos y mecanismos establecidos para la representación de intereses y la respuesta a las necesidades de los ciudadanos (legitimidad procedimental)”³. La crisis de la democracia representativa radica precisamente en la carencia de cauces de participación política que ayuden a fortalecer el ámbito de deliberación, ensanchar la representatividad y reconocer nuevos modos de decisión.

La incompetencia ética desfila ante nuestros ojos día tras día. La Cumbre sobre medio ambiente de Copenhague nos brindó uno de los ejemplos más elocuentes. Por un lado se constató la impotencia de los Estados y no se llegó a ningún acuerdo para hacer el planeta más habitable, y por otra parte se desmanteló cualquier expresión de manifestación popular. La represión ha llegado a arrestar a 15.000 personas, siendo la detención de Juan López de Uralde, de Greenpeace, la nota más significativa de este episodio. El desorden establecido en occidente ha dictado que las pancartas son peligrosas: “Los políticos hablan, los líderes actúan”. Eso ha bastado para encontrar a los nuevos desacreditadores del orden constitucional en un Estado como el danés, de manera que la democracia ilustrada europea se convierte así en una democracia cosmética, incapaz de asumir otras voces que no sean las de sus propios mecanismos de reproducción de su opinión.

En su decadencia y cansancio, occidente y su modelo de democracia han entrado en derivas sumamente peligrosas: la persona deviene en recurso económico, la sociedad en mercado, la convivencia en supervivencia, la política en gestión administrativa y alejamiento de la realidad, la lucha antiterrorista, finalmente, se convierte en obsesión del terror, aumento de la industria del miedo e invitación a la reclusión en el ámbito privado.

La participación social emerge como contestación y desacuerdo ante este modo de construir la civilización. En el caso del ejemplo paradigmático de Copenhague en diciembre de 2009, tanto las organizaciones de la sociedad civil que estuvieron a pie de cumbre, como lo vienen haciendo desde las últimas dos décadas, como estas expresiones individuales pancarta en

³GADEA, E, *Participación ciudadana*, en ARIÑO, A (ed.), *Diccionario de solidaridad (I)*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2003, 396.



mano, dan cuenta de la necesidad de lo que en palabras de Mounier sería realizar una cruzada contra la confusión para sacar a la luz el verdadero rostro de unas instituciones que ya no dan más de sí. Y ello mediante una lógica participativa no violenta. Así analiza lo sucedido Gustavo Duch:

«Desde ya y de nuevo, siguiendo la estela de un camino recorrido conjuntamente, las organizaciones sociales han demostrado su capacidad de enredarse y enlazarse para ofrecer alternativas al discurso del capitalismo global. Retoman el espíritu de todas las mujeres y hombres luchadoras de gestos pacíficos y sencillos que en su día transformaron una parcela del mundo. Como Gandhi que decía “primero te ignoran, luego se ríen de ti, luego luchan contra ti. Y después tú ganas»⁴.

⁴ DUCH, G, *No somos invisibles*, en Galicia Hoxe, 30/12/2009.

En torno a la globalización

UNA de las formas de entender que asistimos a una nueva era ha sido la comprensión de que vivimos en un mundo globalizado. Ciertamente la globalización no nace con el cambio de siglo, aunque la percepción existencial de la misma en la vivencia del tiempo y del espacio, y especialmente en la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación y en la consolidación del neoliberalismo económico, han convertido a la globalización en esa compañera inseparable en nuestros análisis y propuestas.



Más que globalización, como nota descriptiva de nuestro mundo, cabe hablar de globalizaciones en plural, puesto que no se trata de una nota esencialista que define nuestra realidad, sino que constituye un concepto de largo alcance que intenta describir procesos económicos y políticos y nombrar relaciones sociales, o lo es lo mismo, formas diversas de estar en la realidad.

Boaventura de Sousa desglosa la globalización en dos modalidades diferentes⁵. En primer lugar nos encontramos con el *localismo globalizado*, que es la forma normalizada y cotidiana de entender y nombrar la globalización. Es el proceso mediante el cual un determinado fenómeno local se extiende y globaliza con éxito: desde el sistema Office del ordenador en el que escribo hasta franquicias de todo tipo que domestican la vida cotidiana en los países desarrollados.

Pero también existe el *globalismo localizado* que consiste en el impacto resultante de prácticas transnacionales en los espacios locales. Así, podemos enumerar a los espacios de libre comercio, la deforestación masiva de los recursos naturales para hacer frente a la deuda externa o los vertederos de residuos tóxicos situados en los mares próximos a países del Sur. Con lo cual se produce una división internacional de la globalización, en su doble acepción, según la cual los países centrales que representan al Norte del planeta se especializan en localismos globalizados: su espacio es de uso y disfrute de los bienes y servicios que la globalización -como deslocalización- produce. Por su parte, los globalismos localizados se muestran con toda su crudeza en los países periféricos, que conforman nuestro Sur planetario. De tal suerte que "nuestro sistema mundo es una red de globalismos localizados y de localismos globalizados"⁶.

⁵ Cfr. SOUSA DE SANTOS, B, *Las tensiones de la modernidad*, en VV.AA. *Otro mundo es posible*, El Viejo Topo, 167 y ss.

⁶ IBL, o.c., 170.



En este estado de cosas, la participación social aparece como aglutinador de un nuevo proceso globalizador que no se puede integrar sin más en los dos procesos anteriormente descritos. Se trata del *cosmopolitismo* como proceso de convergencia de lo diferente, donde se antepone lo universal a lo particular, donde se pierde el territorio propio para ganar espacio de convivencia, donde se descubre el valor de ser ciudadanos del mundo. Las redes internacionales que vehiculan otro mundo posible sin duda dan cuenta de esta nueva forma de ver y vivir la globalización desde el espacio de la participación.

El cosmopolitismo, en definitiva, habita en el territorio de lo común que une y vincula y de ese modo nos va a ayudar a dar forma a la participación en un nuevo espacio público. Más que a la comunidad concreta y localizada, la participación ha de mirar a lo común y al cosmopolitismo como referentes plurales e inconclusos que afirman la complejidad y riqueza de posibilidades de nuestro mundo global. Dos novedades van a emerger en los nuevos escenarios de participación: “podemos vivir juntos con nuestras diferencias”; “podemos actuar juntos aunque no estemos de acuerdo en todo”.

Cómo articular el cosmopolitismo, en tanto que sustrato de la participación social, en sus claves culturales, éticas, políticas y educativas es lo que trataremos de enfrentar en las siguientes páginas.





CLAVES PARA EL 2015

PARTE II

La órbita del sujeto cosmopolita

“Actuaremos por lo que somos, tanto más que por lo que haremos o diremos”⁷, afirma Mounier. La cultura de la participación reclama un sujeto personal y colectivo que sea capaz de ofrecer no solo un modo de hacer sino una forma de estar y de vivir en el mundo que muestre que es posible la convivencia entre diferentes.

⁷ MOUNIER, E. *Obras Completas (vol. 1)*, Sígueme, Salamanca, 1992, 184.



Un intento de definición

DURANTE estas últimas décadas el término participación se ha convertido, junto con el valor de la solidaridad, en dos palabras inundatorias referidas a la intervención organizada de la sociedad civil en los asuntos que le afecta como constructora de una ciudadanía implicada. Pero el hecho es que resulta tal la diversidad y usos del término que tanto uso y abuso termina por desfigurar el fenómeno. Por otra parte, como hemos señalado anteriormente, la participación social queda afectada por las transformaciones del entorno, y es necesario que partamos de una definición que nos ponga en sintonía. Por mi parte apporto la siguiente definición:

PARTICIPACIÓN SOCIAL es una actividad práctica y reflexiva de afrontamiento y transformación de la realidad social, desarrollada mediante procesos organizados en el espacio público, que vincula diversos sujetos en orden a la construcción de una ciudadanía activa, una sociedad justa y un planeta habitable.

Detengámonos en esta definición respondiendo a las cuatro preguntas siguientes.

● ¿Qué es, en definitiva?

Es una actividad práctica y reflexiva, o lo que es lo mismo, es praxis histórica. Praxis implica un doble movimiento de sístole y diástole: pensamiento como actividad reflexiva que ayuda a sacar lo mejor de sí, y acción como prolongación y dilatación de lo pensado en la realidad social. La particularidad de la praxis es que en ella y mediante ella la persona se realiza y configura como tal, lo quiera o no. Aristóteles contraponía la praxis a la *poiesis*, atribuyendo a ésta el carácter de una actividad que una persona ejecuta sobre una cosa, un medio para un fin (el zapatero que fabrica unos zapatos). Sin embargo la praxis desarrolla un tipo de actividad que constituye un fin en sí mismo. Esto ocurre con la participación social, como veremos más adelante. En el hacer de la praxis la persona se construye porque su hacer ya es un quehacer, configurador de un modo de estar en la realidad, relator de una historia concreta. La praxis, por tanto, es un quehacer histórico y se enmarca en el dinamismo histórico de una realidad que está en devenir, que no se halla acabada. La participación social, de este modo, es una protesta vital contra el intento de naturalizar los procesos sociales que conducen al fatalismo histórico del “ya nada se puede hacer”.

● ¿Cómo se desarrolla?

Se desarrolla mediante dos características relevantes. En primer lugar, la participación se enmarca en la puesta en marcha de procesos organizados; es decir, no es una aventura individualista ni esporádica; reclama la revitalización de las organizaciones y movimientos cívicos como referentes de acción y en cierto modo como depósitos de sentido para muchos que buscan en la participación algo más que una actividad. En segundo término, la participación organizada



desde instituciones privadas-sociales acampa en el espacio público, sin confundirse con las administraciones públicas; este ya es un logro consolidado que ha costado tiempo articular y que no hay que perder de vista. La participación en la cosa pública implica cooperar, disentir, movilizar, construir y plantear alternativas en el espacio público como forma de ensanchar la misma acción política.

● **¿Quién la realiza?**

En otro tiempo hablaríamos de un sujeto social, de un sujeto histórico: la clase obrera, los estudiantes, los excluidos; más cerca de este momento hablaríamos de los nuevos movimientos sociales, los voluntariados, los cooperantes, las ONG que ponen el acento en la movilización y no tanto en la prestación de servicios. La solidaridad nos enseñó que el sujeto de este valor en alza es polifónico, o expresado con las palabras de García Roca, “es un canto abigarrado y mestizo, con melodías de muchas tradiciones; no tendrá autor, sino autores”⁸. Lo mismo cabe decir de la participación social, como enseña veremos con más atención. No hay un sujeto sino pluralidad de sujetos conectados en la nueva sociedad-red.

● **¿Para qué?**

El objetivo de la participación social está ubicado en tres direcciones complementarias: la ciudadanía activa como correlato insustituible de la participación. Por otra parte la participación debe apuntar al norte de la justicia con el sur y los sures que nos habitan. Hablamos de justicia social como defensa de los últimos y no de los “nuestros”, como acogida incondicional al otro y no como defensa de lo propio. Y hablamos de consecución de un planeta habitable como constatación de que se trata del patrimonio común de la humanidad que merece ser defendido, porque en ello nos va la vida de las próximas décadas y de las futuras generaciones.

A lo largo de las siguientes páginas iremos haciendo referencia a alguno de los puntos de esta definición que tomamos como punto de partida.

⁸ GARCIA ROCA, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, HOAC, Madrid, 1998, 11.

LA PARTICIPACIÓN social sin duda es un modo de acción colectiva que arranca de la decisión de cada persona. De este modo, cabe señalar alguna nota antropológica de la participación que lejos de clausurarla en el espacio de lo individual (como sí acontece en tantos reclamos neoliberales pseudoparticipativos)⁹ conlleva un ejercicio dinámico y cooperativo de la misma.

La participación social arranca de la misma condición social de la persona. La realidad personal es constitutivamente abierta, lo cual quiere decir que no está fijada del todo, que es moldeable y que se desarrolla y completa como tal persona en la medida en que comparte y participa de manera procesual con otros en la misma aventura humana: a esto lo denominamos dinamismo de la realidad personal. La apertura no es opcional sino constitutiva. La participación social es uno de los cauces que permiten a la persona desarrollar su dimensión social, en forma de cooperación solidaria, sin la cual no viviría una vida plenamente humana. Por lo tanto entendemos que la participación encuentra su arraigo en el ser humano; solo así es creíble la construcción de la *civitas* colectiva, capaz de ajustar la convivencia de todos con todos.

Desde este punto de vista la participación social tiene tres acepciones¹⁰:

- **Ser parte.**

Es la toma de conciencia de las pertenencias múltiples por las cuales cada cual se halla vinculado a una historia personal y colectiva que da cuenta de una biografía determinada en el tiempo y en el espacio. Es el sustrato que nos sumerge en la tradición y cultura de la que formamos parte y que nos configura como pertenecientes a una determinada comunidad de barrio, de país, de habla, de costumbres. En este sentido, “la participación es el acto que muestra la pertenencia; el lugar donde el ser se convierte en arraigo y pertenencia”¹¹. Es una pertenencia que viene dada, una participación recibida y a la vez incorporada al quehacer y al desarrollo de cada persona.

- **Tomar parte.**

Pero la participación se modela igualmente en la ejecución de decisiones libremente elegidas. Entonces la participación e implicación es intervención en asuntos que nos afectan como seres humanos, como trabajadores, como padres y madres, como estudiantes, como consumidores, como personas que vivimos en una situación y en unos contextos concretos. Es la participación guiada por el principio de voluntad según el cual tomar parte es incorporarse activamente a algo que se siente como propio.

⁹ De las múltiples formas de pseudo participación ya dediqué algunas páginas en mi anterior trabajo *Participación y globalización* IM-DOSOC, México DF, 2006.

¹⁰ Las dos primeras las tomamos de GARCIA ROCA, J, *Políticas y programas de participación social*, Síntesis, Madrid, 2004, 65-67.

¹¹ IBL, o.c., 67.



● Partir con.

La participación social contiene además un momento de ensanche de los ámbitos de cooperación propios; no se trata de embarcarme en sino de embarcarme con y abrir el espacio de la participación libremente elegida a otras personas y grupos. La participación no es mejor cuanto más fragmentada esté sino cuantas más voluntades y hospitalidades sea capaz de acoger. La participación, de ese modo, abre un espacio de re-parto del campo de juego de la cooperación solidaria para que no quede en manos exclusivas de quienes a veces se sienten los elegidos de la participación en estado puro; asimismo, hace habitable la pluralidad y la diversidad, y finalmente pone en marcha caminos de partida con otros, en definitiva de inclusión y desarrollo social.



Mientras que la primera acepción, *ser parte* es constituyente de manera genética y se expresa en la pertenencia y el arraigo, las dos siguientes *formar parte* y *partir con* son igualmente constituyentes en tanto que se vinculan al desarrollo de la persona que se hace tal, como veíamos anteriormente, gracias a su apertura constitutiva, que le hace estar permanente abierto a la realidad y elegir entre diversas posibilidades; es la apertura como ser moral. Esas dos formas nucleares de vertebrar la participación en cada persona se dan en la práctica de manera tensional y dialéctica y somos conscientes de que vivimos tiempos donde la participación se mueve básicamente en la ola del *ser parte de*, que remite a pugnas de carácter identitario, como veremos a continuación. Precisamente el reto actual radica en entrenar las dos últimas acepciones de participación, aquellas que la ensanchan desde la conciencia de miembros de una comunidad que va más allá de este barrio, de este país, de esta religión, de esta cultura, de esta plataforma de ONG, de este movimiento social.



El problema del sujeto

AL IGUAL que la solidaridad, la participación hace referencia a diversidad de actores sociales. No hay un sujeto sino sujetos diferentes y hasta contrapuestos en sus objetivos, estrategias políticas y modalidades organizativas. En una sociedad fragmentada, como la que vivimos, el cuerpo social está tan desecho que es posible que estemos adentrándonos en eso que Touraine denomina el fin de lo social y, de modo complementario, en la emergencia de un sujeto cultural capaz de hacerse cargo de la complejidad del momento actual.

Precisamente hemos de estar alerta ante los nuevos mecanismos de participación que se están desarrollando en los últimos años. Hemos pasado, como asegura Amin Maalouf, “de un mundo en donde las divisiones por capas eran sobre todo ideológicas y era preciso un debate continuo a otro mundo en donde las divisiones son sobre todo por identidades y poco espacio queda para debatir nada”¹². Funcionalmente, se pasa de una participación marcadamente social-ideológica de confrontación, donde la variable económico-política era el pilar básico, a una participación de tipo tribal, en la que se defiende el estatus conseguido, la pertenencia cultural o la supremacía religiosa desde la ausencia de pensamiento elaborado ni compartido.

Cuando la participación trata de expulsar a *los otros* para sobrevivir *nosotros*, cuando se organiza para que los sin techo no habiten en nuestros barrios, cuando se moviliza para que los inmigrantes empobrecidos no alquilen nuestros pisos, cuando exige a las administraciones públicas más medidas de seguridad ante el diferente por el hecho de ser diferente, entonces algo nos dice que en efecto estamos asistiendo al nacimiento de nuevos sujetos culturales que desde la ceguera moral y la incapacidad para pensar sí se muestran en cambio capaces de barruntar nuevos totalitarismos no deseados en nombre de un comunitarismo desenfochado. Es un modelo de participación que gira sobre su propia órbita identitaria y particular convertida en círculo vicioso. En un escalón no tan destructor encontramos otras formas de participación que toman como base su *particularismo generalizado*, en tanto lo configuran grupos de presión organizados bajo el polo de un solo problema, como el caso de los derechos del consumidor. En parte, este hecho representa el avance de los asuntos privados en la arena pública, cuando las causas que movilizan no son capaces de poner en contacto problemas/soluciones compartidas o al menos convergentes.

En nuestro caso trataremos de pujar por la creación de un sujeto cultural mestizo, capaz de moverse en una órbita más amplia y aglutinante de tradiciones diversas. Eso será posible gracias al desarrollo de las potencialidades que el momento cultural posmoderno inducen al individuo personal. La conciencia de sí y la reflexividad modelan un tipo de persona capaz de

¹² MAALOUF, A, *El desajuste del mundo*, o.c., 24.



tomar parte en iniciativas y *partir con* otros en nuevos modos de participación. De algún modo en estos momentos “el sujeto no es la Razón que guía al Progreso hacia el bienestar; no es un actor teológico ni un actor histórico; aún menos es un principio moralista al servicio de la sociedad (···) El sujeto es la relación de sí consigo mismo, la conciencia que segrega un juicio moral”¹³. Este sujeto busca el camino que lo confronta consigo mismo y trata de reconocer al otro como sujeto. Es capaz de generar reflexión, autocrítica y pensamiento propositivo. Es un sujeto capaz de ejercer su papel de ciudadano contando con unas características específicas del momento histórico que vivimos.

¹³TOURAINÉ, A, *La mirada social*, Paidós, Barcelona, 2009, 155.

EL SUJETO cultural del que estamos hablando en definitiva no se describe como una subespecie elitista o militante. Más bien nos adentramos en lo que Manuel Escudero denomina *ciudadano global*, aquel que goza de autonomía moral y económica y que gracias a su capacidad de reflexividad participa con otros a escala local y/o global en asuntos que le afectan o que afectan a la marcha del mundo. “No se trata de un grupo ni mucho menos de una clase, puesto que ese sujeto es la suma de millones de ciudadanos con independencia de criterio y capacidad de juicio propio, de ciudadanos que ante todo y sobre todo se sienten individuos”¹⁴.

La participación social trata de integrar lo más rescatable –por humanizador– del proceso de individuación vigente: la capacidad de pensar por uno mismo y el deseo de autorrealización desde un marco de valores no necesariamente individualista ni narcisista. De tal suerte que el ciudadano global que participa en las organizaciones de solidaridad no tiene el perfil del militante de otras épocas, ni su trayectoria está en sintonía con una determina épica y estética; antes bien, se trata de un ciudadano que participa a tiempo parcial, a veces de manera discontinua, se implica en lo que puede desde su decisión individual y su aportación forma parte de una narrativa que se vincula a otras historias individuales y colectivas.

El sujeto cultural de la participación vigente cultiva una conciencia social y política que combina con otros muchos intereses personales, familiares, de ocio, de desarrollo personal y hasta de búsqueda espiritual. De tal suerte que la participación social se torna en poliparticipación, que es una manera de denominar lo que hace años Beck calificaba como *topopoligamia*, o lo que es lo mismo, la adscripción a múltiples pertenencias, a diversas formas de participación, incluso en el ámbito de la específica participación social. En este caso una misma persona puede repartir su tiempo participando en un voluntariado entre personas sin hogar en el mundo de la exclusión y colaborando en una ONG de defensa del medio ambiente. Da tiempo a todo porque la implicación es parcial, porque las preocupaciones son plurales y la propia dinámica participativa ha generado un ciudadano global que es sujeto y celoso de sus actos y decisiones antes que militante entregado a una causa monotemática que le sobrepasa y a la que se entrega.

El ciudadano global da cuenta de una participación minimalista, pero que puede ser fecunda si se acierta a encauzarla y acompañarla. La propia reflexividad y mayor autoconciencia de este sujeto es preciso optimizarla para extraer dos rasgos fundamentales del sujeto que participa.

- Es un sujeto *autor*; es decir, es alguien que se incorpora o que pone en marcha con otros un proyecto de futuro y con futuro. En la dictadura del instante es importante que la participa-

¹⁴ ESCUDERO, M, *Homo globalis. En busca del buen gobierno*, Espasa, Madrid, 2005, 32.



ción acoga a personas que miran hacia delante con valentía. Ser autor comporta ser consciente de las decisiones que están en juego en ese espacio y sentirse miembro de una estructura que se va redefiniendo con el tiempo merced a las decisiones colectivas.

- Es un sujeto *actor*, consciente de que cumple un papel cultural y social relevante, sabedor de que vive en este tiempo y este lugar y como tal es actor de la vida que le ha tocado en suerte vivir, pero con plenitud y con conciencia de ser protagonista de una obra colectiva, aunque no adquiera protagonismos.

La participación reclama estas notas distintivas que configuran un sujeto vivo, activo y protagonista. Lo contrario es la participación propia de la sociedad del espectáculo donde lo que impera es ser *espectador*, estar fuera, participar sin vincularse. En el caso del empleo de las nuevas tecnologías de la comunicación asistimos a una participación orquestada mediáticamente para un sujeto espectador, al que a veces le hacen creer que es autor, actor y protagonista. La participación a golpe de mensaje vía SMS o vía e-mail se hace hueco entre la masa anónima. En el campo de la acción política tenemos dos ejemplos bien distintos. El Ministerio francés de Inmigración e Identidad Nacional planteó en enero de 2010 un debate nacional sobre cómo garantizar la identidad nacional francesa. La ciudadanía estaba invitada a participar a través de una página web. Más de 50.000 personas aportaron propuestas que ponían en alza los símbolos nacionales como el himno, la bandera, el juramento público de adhesión a los valores de la República¹⁵. La identidad se convierte en espectáculo y los participantes en espectadores -so pretexto de autores- de unas medidas que fortalecen una participación que vela por la solidaridad cerrada entre los defensores de un determinado modelo de nación y de convivencia entre diferentes.

Por otra parte, la convocatoria de las manifestaciones contra la guerra de Irak en febrero del año 2003 constituyó la primera expresión de ciudadanía global que responde a través de internet a favor de la movilización global más importante de la historia de la humanidad. Un nuevo sujeto estaba emergiendo en esos días, autor y actor de un nuevo tiempo y un nuevo espacio. Un nuevo sujeto que va más allá de las ONG y de los movimientos antisistema.

De nuevo la tensión entre el comunitarismo cerrado y el universalismo que se abre cordialmente a lo otro que no es lo propio, anida en el corazón de la participación. Por su importancia clave en el desarrollo de este sujeto cultural que participa a tiempo parcial, hemos de señalar alguna nota más en relación con los espacios de participación.

¹⁵ Cfr. El País, 5/01/2010.

LA PARTICIPACIÓN se verifica en un lugar histórico concreto. Y uno de los rasgos más importantes que ayudan al desarrollo de las personas es que logren hacer del espacio vital una morada donde habitar y construir la casa común. Y una de las características de nuestro tiempo postmoderno es que los espacios públicos los hemos transformado en lo que el antropólogo francés Marc Augé denomina como *no lugares*, es decir, espacios de despersonalización, desencuentro y pérdida de horizonte histórico.

Lo propio del espacio urbano, en permanente construcción, es la puesta en escena de una superficie donde se desliza y desborda una sociedad permanentemente inconclusa, interminable, creadora de espacios transitables y en estado de modificación permanente. Es clásica la distinción sociológica entre *comunidad* y *sociedad*, como expresión de modalidades diferentes de vida en espacios compartidos. Mientras que la comunidad es el lugar por excelencia de los lazos familiares y domésticos, basadas en relaciones personales de confianza entre quienes se conocen y comparten el mismo paisaje desde su nacimiento, la sociedad es el arquetipo de la asociación o agrupación de personas en virtud de un acuerdo o un contrato de tipo social. En esquema podríamos apreciar la siguiente distinción.

COMUNIDAD	SOCIEDAD
Lazos domésticos	Lazos contractuales
Relaciones personales	Relaciones impersonales
Posiciones heredadas	Posiciones recreadas
Fundado en el territorio claro y distinto	Fundado en la voluntad libre
Comparten más pasado que futuro	Comparten futuro
Polo comunitario	Polo asociacionista
Pertenencia y arraigo	Afiliación en función de acuerdos
Solidaridad cerrada	Coexistencia



Sin duda, un primer el reto que se nos plantea es reflexionar sobre el modelo de espacios que estamos construyendo desde los modelos de participación imperantes. La lógica comunitarista cerrada permanece anclada en un escenario tribal de la historia y de la geografía, impidiendo el mestizaje y la acción mancomunada, como el caso del debate sobre el reforzamiento de la identidad nacional francesa, descrita en el epígrafe anterior. El *no-lugar* reclama un espacio de reconocimiento de la propia identidad, y ese es el caldo de cultivo de una participación mentalmente estrecha que culmina en el engrandecimiento de un nosotros excluyente. Lo que gana en familiaridad y cercanía lo pierde en capacidad para hacer frente a lo extraño.

Por otro lado la lógica societaria mira más a la posibilidad de coexistir entre diferentes merced un acuerdo que se establece entre los diferentes sujetos en juego. Se reconoce la dificultad identitaria particular que conlleva habitar en los no-lugares; sin embargo la resolución a ese problema no se plantea en términos de regreso a un pasado feliz sino en apuesta por imaginar, crear y acordar un futuro compartido entre distintas tradiciones. Ello significa poner en escena una voluntad compartida de participación cosmopolita.

En la actualidad, un mundo en común se nos presenta bajo diferentes perspectivas, y hemos de acomodar nuestra convivencia a una convivencia en común para que podamos hacer verdad el gran dilema de nuestro tiempo: ¿podremos vivir juntos? La respuesta afirmativa a esta pregunta atesora los perfiles de la participación solidaria del futuro inmediato. La solidaridad cerrada busca la supervivencia de los míos, mientras que desde aquí abogamos por la coexistencia de todos. Nuestro desafío se halla precisamente en acertar articular la convivencia en un tipo de sociedad eminentemente plural y diversa, evitando tanto el modelo comunitarista cerrado como el idealismo universalista abstracto. Ello implicará, siguiendo el pensamiento de Mounier, sustituir los bloques de adhesiones ciegas e incondicionales por cadenas de compromisos compartidos y acordados.

LA PARTICIPACIÓN social que busca acuerdos y suma de voluntades diversas encuentra en la sociedad en red una oportunidad privilegiada de construcción. La metáfora de la red no solo designa una nueva estructura cultural que empapa todos los ámbitos de la actividad humana en cualquiera de las esferas en las que se desenvuelve. La red aparece como una estructura básica para el ejercicio de la participación social ya que es capaz desde su potencial tecnológico de acortar las distancias, introducir la simultaneidad, aportar informaciones y datos de la realidad diversos a las fuentes oficiales mediáticas, facilitar relaciones y encuentros y acordar acciones a escala global.



Como modelo social, la red expresa la morfología que da cuenta de la diversidad y la pluralidad como datos de la realidad con la que hay que contar y trabajar. La red se despliega entonces en voces plurales, y propicia que la participación no sea monológica y, lo que es más importante, que no se deslice hacia el monopolio de una sola voz y una sola mirada. La red potencia un modelo de participación de estructura ligera que pone a prueba los nuevos procedimientos para la toma de decisiones. En este sentido, las organizaciones de solidaridad cuando convergen en plataformas y coordinadoras de diverso tipo no terminan de asumir que el modelo de participación en red conlleva cambios internos y despojamiento de pesadas cargas institucionales que en la actualidad fuerzan a no avanzar adecuadamente en las redes en las que participan.

La globalización ascendente ha de impulsar, en la esfera de la sociedad civil organizada, a articular un modelo de participación en red, asumiendo todas las consecuencias en cuanto a crear un espacio de relaciones y acciones colectivas sin fronteras, acordar estrategias de intervención,



prioridades para la agenda, valores que acondicionen a los participantes y procedimientos ágiles de decisión compartida. Mientras que para la globalización neoliberal la red interesa como un instrumento de participación sumiso y creador de espectadores, la globalización solidaria encuentra en la estructura de la red, tanto en su dimensión tecnológica como social y política, un sistema plural y coordinado de posibilidades para crear alianzas participativas, de tal suerte que “para la mundialización de un proyecto alternativo de sociedad mundial, la red es la condensación de la acción conjunta participativa”¹⁶.

Al acabar con los centros clásicos de decisión, la red hace de los nodos un proyecto de vinculación que relaciona y obliga desde unas convicciones compartidas. Esto es lo que hace que el espacio de la participación, ya sea físico o virtual, no solo sea un espacio cultural sino que adquiere una dimensión de sentido como espacio moral. Es más, frente a la opinión de Castells que acentúa el valor de la comunicación por la comunicación en la estructura de red, como forma de crear una cultura común cosmopolita, sin que necesariamente ésta se asiente sobre la base de un suelo ético compartido¹⁷, en mi opinión, lo uno no conlleva a anulación de lo otro. Procesos de comunicación y valores compartidos van de la mano en la creación de una nueva cultura cosmopolita. Ahora bien, desde el punto de vista tecnológico es importante tener en cuenta el acceso a estos recursos por parte de todos y no perder de vista la brecha digital en términos de responder acertadamente a quién controla la red.



¹⁶ GARCIA ROCA, J., *Políticas y programas de participación social*, o.c., 17.

¹⁷ CASTELLS, M., *Comunicación y poder*, Alianza, Madrid, 2009, 67-68.



CLAVES PARA EL 2015

PARTE III

La órbita del espacio moral plural

La participación se expresa en espacios físicos y espacios virtuales pero también constituye un espacio moral donde se tejen valores, orientaciones y se pone en juego proyectos éticos enormemente relevantes. Existe una correspondencia estructural entre la disposición física del sujeto que participa en un espacio determinado y las prácticas sociales, relacionales y políticas asociadas, que configuran un espacio cívico. La concreción de esta correspondencia comienza con la configuración del sujeto, en este caso moral, de la participación. Dime de qué *nosotros* me hablas y te diré a qué proyecto ético perteneces.



Qué entendemos por “nosotros”

LA REFLEXIÓN sobre la primera persona del plural se hace necesaria y pertinente, más cuando la pregunta *¿y quienes somos nosotros?* se convierte en la más impertinente de las preguntas en tanto que provoca interrogantes sobre condiciones de pertenencia, posibles desafecciones, criterios de frontera con otros, tentaciones de seguridad y de coartada y tantas otras situaciones que fragilizan la propia posición del sujeto de la participación social.

Desde la acción compartida se puede construir un *nosotros* solidario e inclusivo donde la extrañeza no sea el actor determinante que separa lo nuestro y lo de ellos, lo propio y lo diferente, lo familiar y lo desconocido, lo seguro y lo infirme. Ello supondrá realizar un serio esfuerzo para acomodar esas diferencias, para ceder dialogando, para establecer acuerdos comunes, para buscar valores compartidos, para tejer alianzas en función de los que peor pasan perdiendo toda suerte de protagonismo particularizado. Bien sabemos que en la era del marketing y del logo de cada cual, donde lo que a menudo se busca que aparezca es la supervivencia de determinada organización o institución, este esfuerzo en ocasiones se torna en tarea épica, pero imprescindible.

Necesitamos una nueva cultura cívica que haga del espacio local o global no solo una urgencia para la acción sino un espacio moral donde confluyan disposiciones, ánimo y actitudes que favorezcan la riqueza de lo diferente alineada en la defensa de valores compartidos. De nuevo pedagogía y ética se dan la mano allí donde las cosas deben ser cambiadas para fortalecer la convivencia pacífica y humanizadora. El espacio que se ancla en una realidad física y cultural adquiere realmente sentido cuando el respeto, la hospitalidad y el diálogo lo convierten en un espacio moral, en un *ethos* compartido que configura un modo de ser y de estar –participando– en la sociedad.

En nuestros días los espacios delimitados han sido sobrepasados por una realidad multicultural, compleja y sin centros delimitados de referencia, o expresado de otro modo, convivimos en un espacio multicultural policéntrico. La convivencia entre diferentes ha de alimentarse de nuevas exploraciones sobre espacios en permanente cambio. Lo que caracteriza a nuestros espacios sociales, en sus lugares físicos y en las gentes que los transitan es el arraigo de la diferencia y de lo diferente. De tal modo que –como señala Innerarity, “lo que se puede observar en y desde un lugar puede ser observado de otro modo y desde otros lugares”¹⁸. No existe una observación final y definitiva, sino una mirada siempre en perspectiva y constantemente sujeta a nuevas modificaciones.

¹⁸ INNERARITY, D., *El nuevo espacio público*, Espasa, Madrid, 2006, 129.



Esta explosión de la diferencia lleva de la mano la imposibilidad de convertir la perspectiva en una identidad fija y estable, en hacer de nuestra mirada la única. Se hace necesario, pues, abrir esa mirada para construir un sujeto cultural -de nuevo- diferente. Pero tal diferencia ha de consistir en ser cordialmente inclusiva. El *nosotros* capaz de gestionar una convivencia pacífica y humanizadora ha de ser forzosamente inclusivo e integrador, haciendo de la frontera un símbolo de encuentro y de diálogo.

EL NOSOTROS que se conjuga en la participación inclusiva es un nosotros gracias a los otros, del mismo modo que el *yo* nace a la conciencia gracias al *tú* con el que me confronto y crezco. El vínculo social no solo representa una posibilidad de relación sino que desde el punto de vista moral adquiere forma de rostros concretos, personas en situación, que se convierten en el acontecimiento que da cuenta del principio- solidaridad que articula parte sustancial de la participación social de nuestros días.

El vínculo social genera obligaciones morales. Hablar de obligación en la era del crepúsculo del deber suena a osadía, pero no queda más remedio que traerlo a esta reflexión. No hablamos de una obligación impuesta ni de un deber normativo. Hay un tipo de *ob-ligación* que nace de la convicción personal y de la vinculación (estar ligado) con otras personas y realidades. En este sentido, señala Adela Cortina, “lo debido descansa en el reconocimiento de un vínculo, de una *ligatio*, de la que se sigue una *ob-ligatio*, y entonces la obligación puede ser o bien un deber, es decir la respuesta a una exigencia, o bien un regalo que hace quien sabe y se siente ligado a otro. Sin ese reconocimiento del vínculo, el deber o el regalo carecen de sentido”¹⁹.

El reconocimiento del vínculo social comporta una cierta deuda social, según la cual se establece una suerte de apoyo cooperativo para el buen funcionamiento de las cosas y para transformar las condiciones de vida injustas o que lesionan la dignidad de las personas. El funcionamiento espontáneo de la sociedad no es suficiente para garantizar los derechos humanos o la redistribución justa de los bienes.

En una primera acepción la deuda social es el resultado de una especie de relación casi contractual que se establece entre individuo y sociedad en tanto que cada ser humano se halla inmerso en una situación tal con respecto a la sociedad que no puede vivir sin ella. Pero en un sentido más apegado al espacio de la participación social, existe una cierta obligación hacia todo ser humano por el mero hecho de serlo, sin que interfiera por medio ninguna otra condición. Es una obligación, como asegura Simon Weil, no sujeta a ninguna convención, costumbre, relaciones de poder o herencia del pasado: “es incondicionada”²⁰.

En última instancia, la relación con el otro no depende solo de una elección personal, ya que tenemos una deuda con él que hemos contraído por el hecho de ser seres humanos. En definitiva somos porque somos con otros, vivir es existir y convivir con otros. La deuda social se ancla en el desarrollo de los valores universalistas. Desde aquí la participación es hija de una solidaridad que no se encierra en el estrecho marco de una identidad particular, de un nosotros excluyente, de un

¹⁹CORTINA, A, *Ética de la razón cordial*, Nobel, Oviedo, 2007, 46.

²⁰WEIL, S, *Echar raíces*, Trotta, 1996, 24. Esta autora escribe este texto en 1943 desde su lucha en la resistencia frente al nazismo y en los últimos meses de la grave enfermedad que le condujo a la muerte durante ese mismo año



corporativismo aislado. La participación solo puede entenderse desde una solidaridad abierta, que sólo es un valor moral cuando las personas que participan lo hacen pensando no desde el interés particular de los miembros del grupo, de la organización, de los *míos*, sino fundamentalmente desde la situación de todas las personas y colectivos afectados por las acciones del grupo. Por eso la solidaridad no puede estar secuestrada por ninguna tradición particular.

No habrá comunidad humana mientras que no nos vislumbremos como comunidad moral. Ello significará que el sujeto de la participación social comprenda que el vínculo social, en definitiva, “no se anuda más que como responsabilidad”²¹, hasta el punto de que no cabe medir o esperar nada a cambio. Por tanto solo habrá comunidad humana cuando vayamos haciendo partícipes a esa ciudadanía global y normalizada que nada humano nos es ajeno, lo queramos o no, y que en términos de compromiso (término denostado en la actual cultura minimalista) no cabe elegir el no compromiso o la irresponsabilidad ante la falta de humanidad de nuestro mundo. Ya estamos comprometidos, de modo que no tenemos compromisos sino que ellos nos tienen a nosotros. El compromiso nos dice quiénes somos²², y la participación social debe hacer suyo el compromiso por construir la humanidad como categoría ética. Si es así, habrá que concretar este proyecto en los términos que se plantea la ética cívica actual que reclama su espacio en el ágora pública.

²¹ LEVINAS, E, *Ética e infinito*, Visor, Madrid, 1991, 91.

²² Sobre el sentido del compromiso en el ámbito de las ONG puede verse un trabajo que realicé hace algunos años: *Vivir es comprometerse*, Fundación Mounier, Madrid, 2001.

LA PARTICIPACIÓN social que habita en una sociedad plural necesariamente es constructora de un proyecto ético mancomunado. Y en el terreno de los hechos esto significa que ha de llevar hacia adelante los postulados de la ética cívica, definida como “el conjunto de valores y principios éticos que una sociedad moralmente pluralista comparte y que permite a sus miembros construir la vida juntos”²³. Esta definición habría que aterrizarla en los foros, coordinadoras, plataformas y otros espacios de participación, allí donde hay que deliberar y acordar los valores en juego y la forma de verificarlos en la realidad que habitamos.

No hablamos de una ética académica, sino del ejercicio de creación ética a través de la puesta en marcha de proyectos mancomunados que parten de deliberaciones y acuerdos entre diferentes organizaciones en diversas esferas de participación. En el ámbito de las organizaciones de solidaridad hay experiencia de ello, pero conviene incorporar de un modo explícito que por encima de los proyectos de acción e incluso de los procesos pedagógico-políticos en marcha, se encuentra el referente ético que no es sustancialista, ni inamovible ni dogmático, sino que responde a los reclamos de una ética cívica al alcance de todos.



²³CORTINA, A., *Ética de la razón cordial*, o.c., 11.



En nuestro caso, apuntamos una serie de rasgos de la ética cívica que la participación social debe incorporar en su desarrollo cotidiano. Son rasgos que responden por un lado a las exigencias del quehacer ético y también a los requerimientos de una sociedad en cambio donde el paradigma de la complejidad exige de la reflexión ética una urgente puesta al día.

- La ética cívica parte de un adecuado *análisis de la realidad social*; se ancla en la misma realidad para desde ahí elaborar proyectos alternativos de cambio social.
- La ética cívica es *deliberativa* y hace del diálogo, la escucha, la atención, el respeto mutuo y el aprendizaje colectivo herramientas inestimables para acertar con el tono ético que la misma realidad nos demanda.
- La ética cívica es *laica* y en tanto que tal no representa ni impone una determinada tradición religiosa ni tampoco la margina; cuenta con cada tradición confesional o no, en sus propuestas éticas operativas, aunque no interese a la ética cívica el por qué fontanal de cada propuesta.
- La ética cívica se desarrolla en la *esfera pública*, y no es estatal aunque llegue a pactar determinadas estrategias y acciones con las administraciones públicas desde una lógica de cooperación inteligente.
- La ética cívica es *dinámica* y no queda fijada de una vez por todas. El código de conducta de la CONGDE –por ejemplo- se ha reformulado, y la ética cívica debe pactar con el paso del tiempo las necesarias redefiniciones y acuerdos.
- La ética cívica se mueve en el ámbito de las *éticas de mínimos* exigibles para todos los participantes y que responden a valores y principios compartidos, y en las que nos comprometemos como bases para una construir una sociedad justa. Estos mínimos comienzan por la defensa y compromiso con los derechos humanos como gran referente exigible en el que grupos distintos nos podemos reconocer en la esfera pública.
- La ética cívica se mueve en el espacio del *entre* como categoría moral. Desde el momento en que la intersubjetividad se adueña de este espacio moral, es preciso tomar en cuenta el *entre* de realidades que se mezclan: entre culturas, entre religiones, entre generaciones, entre visiones del mundo diversas. Lo que en un primer momento puede aparecer como frontera o límite que separa y divide, la ética cívica puede convertirlo en puente de diálogo intercultural, intergeneracional, interdisciplinar, intercontinental, interreligioso que deviene en acuerdo laico compartido por todos, interpolítico que busca acuerdos con las administraciones públicas, interidentitario en el espacio de las coordinadoras y plataformas de solidaridad.



- La ética cívica trata de incorporar a las personas y pueblos *afectados*, en los que se encarna la participación social. Las éticas deliberativas históricamente adolecen de esta incorporación para quedarse en un discurso centrado en las élites institucionales, ya sean las administraciones públicas o las organizaciones de solidaridad. La ética cívica ha de velar por incorporar de manera práctica los intereses de los afectados y hacerles partícipes en los espacios de decisión.
- La ética cívica se compromete en el *empoderamiento* de las personas afectadas, posibilitando el enfoque de las capacidades, propugnado por Amartya Sen, que busca que cada persona y cada comunidad sea sujeto y protagonista de su historia. No basta hacer posible la participación de los afectados en el ágora del diálogo, sino que hay que actuar positivamente para potenciar las capacidades latentes y reales de las personas.

La ética cívica, en resumen, nace de la convicción de que no bastan las leyes para lograr una sociedad justa, que los cambios de régimen no garantizan el cambio de las personas. Conseguir un pueblo inteligentemente cohesionado que no se convierta en un pueblo de demonios, como advertiera Kant, consiste en formar una comunidad de personas preocupadas no solo cada cual por sí misma sino también por lo que afecta a la comunidad, entendida no como núcleo de supervivencia sino como fuente de coexistencia. Y este paso, como asegura V. Camps, “no es algo que se obtenga solo a golpe de ley, de decreto o de ordenanza. El cultivo de la ciudadanía exige otros medios”²⁴. Y para ello es preciso tener apertura de miras.

²⁴ CAMPS, V., *El declive de la ciudadanía*, PPC, Madrid, 2010.

LA COMPLEJIDAD de la sociedad que habitamos redefine y actualiza las características de la ética cívica y además obliga a replantearse otras cuestiones. Si adoptamos la figura del campo de juego como el espacio de la participación social, hemos de tener en cuenta que el juego de la convivencia social se ha vuelto extremadamente complejo puesto que las dimensiones del campo se están redefiniendo continuamente a medida que el juego avanza, al tiempo que aumenta y disminuye el número de jugadores. Hay una falta de fijación de términos, de conceptos antes claros y distintos, y ahora sujetos a permanente renovación. Y no solo nos referimos a la diversificación de la población en sus referencias geográficas y culturales, sino en la complejidad de comprensión de asuntos personales, políticos, económicos o sociales donde tantos factores se imbrican y complican.

Un primer concepto sobre el que hay que ensanchar la mirada es el de *bien común*, irrenunciable en el horizonte ético-político y que en una sociedad pluralista exige que sea definido igualmente en plural. Incluso, como sostiene Innerarity, "el recurso a la idea del bien común despoja a todos (bajo determinadas circunstancias, también al Estado) de su pretensión de universalidad. Nadie dispone de un monopolio interpretativo acerca del bien común ni representa indefectiblemente a todos"²⁵.



²⁵ INNERARITY, D, *El nuevo espacio público*, o.c., 175.



El mosaico del bien común, como lo caracteriza Petrella, se va recomponiendo con el paso del tiempo, pero huye de fijaciones estáticas. En tanto que indicador de una buena sociedad el bien común se expresa en primer lugar en el reconocimiento del otro. “Si nadie te saluda, no existes”²⁶; quizá esta es una nueva clave de comprensión de la participación social que se encamina hacia la sociedad justa de una forma cooperativa.

En segundo término, la participación social debe protagonizar el ensanchamiento del concepto de *tiempo* en nuestros días. La absolutización del presente y la aceleración histórica en las que nos sumergen el poder de las nuevas tecnologías de la comunicación remiten continuamente al horizonte de lo inmediato. Los procesos históricos-sociales donde se inscribe la participación social, especialmente entre los pueblos y personas más vulnerables, caminan a un ritmo distinto. Volveremos sobre ello cuando tratemos la órbita del proceso educativo de la participación social. Por otra parte, la ética del futuro se define como la asunción de la responsabilidad como anticipación de los bienes que deben disfrutar las generaciones venideras. La participación social del siglo XXI asume los derechos humanos de tercera generación, relativos a la práctica de la solidaridad, el desarrollo a escala humana, el cuidado del planeta y la pacificación de los pueblos como compromiso de anticipación de futuros posibles; recuperar el porvenir es la tarea a la que se enfrenta la participación social, y esta óptica ha de ganar en peso político para que todos salgamos de la asfixia cortoplacista de tantas estrategias y proyectos en marcha.

En tercer lugar hemos de dar cuenta de las *personas que participan*, encuadradas en ese término que hemos acuñado como ciudadano global y que no responde a la épica de la militancia sino a la narrativa de la implicación a tiempo parcial. Este hecho necesita un ajuste ético según el cual la ética de mínimos que concierne de manera exigible a todos los implicados en la participación social ha de darse la mano con la ética de máximos que recoge aquellas propuestas de vida feliz, que no pueden imponerse y que se domicilian en el ámbito de las decisiones personales de cada cual. Entendemos que debiera visibilizarse o reconocerse la siguiente retroalimentación²⁷:

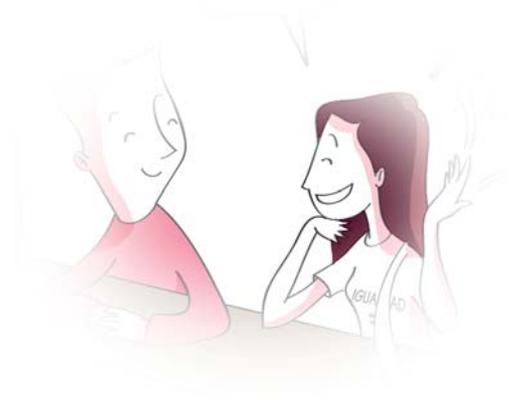
- Los mínimos éticos se alimentan de los máximos, en tanto que quien plantea unas determinadas exigencias de justicia social (ética de mínimos) lo hace desde sus fundamentos personales que dan cuenta de un determinado modo de ser feliz en esta sociedad, ámbito de la ética de máximos. Y aunque haya diferentes planteamientos de felicidad y de vida buena, el producto resultante en términos de exigencia de justicia queda enriquecida.

²⁶ PETRELLA, R, *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Temas de Debate, Madrid, 1997, 128.

²⁷ Cfr. CORTINA, A, *Alianza y contrato*, Trotta, Madrid, 2001, 143-144.



- Los máximos se dinamizan y enriquecen desde los mínimos y evitan cualquier tentación de mesianismo o de particularizar la propia visión de la vida y de la felicidad como la mejor.
- Las personas que configuran el nuevo espacio de la participación social protagonizan la práctica inteligente de optimizar los recursos personales y comunitarios, haciendo que sus propuestas de vida buena no traten de imponerse sino traducirse en óptimas exigencias de justicia, al tiempo que estas exigencias de justicia ya compartidas e identificadas por todos se robustezcan desde sí mismas y desde las múltiples raíces que les dan sentido.





CLAVES PARA EL 2015

PARTE IV

La órbita de la incidencia política

La participación social, por su propio dinamismo, se configura como una oportunidad de participación política inexcusable. De esa manera la ciudadanía social llega a su más alto grado de expresión y no como concesión legal sino como conquista de quienes la conforman. Dicho de otra manera, la participación social se despliega necesariamente como uno de los modos privilegiados de incidencia política. Este hecho se verifica mediante un proceso gradual que nace en la toma de conciencia de lo que significa participar en términos históricos y que culmina en la configuración de aquellas mediaciones organizativas más adecuadas para generar cambios políticos; entre ambos polos del proceso es preciso dirimir el horizonte de la participación social en términos políticos y su vinculación con la cuestión del poder. En todos estos asuntos queremos decir alguna palabra.



Toma de conciencia: recursos y capacidades

LA PARTICIPACIÓN social hoy se despliega de forma diferente a la de las asociaciones de vecinos de la España de la transición democrática. La razón no hay que buscarla exclusivamente en las circunstancias diferentes de entonces y ahora. Los contextos cambian; es la misma historia, como proceso de marcha colectiva, la que no para y sigue caminando. ¿Y cómo camina? Camina a fuerza de convertir los recursos personales y colectivos en posibilidades de transformación para la humanidad y para el planeta. Este paso significa una toma de conciencia singular: la de creernos sujetos de cambio, esto es, protagonistas de una historia en la que hemos heredado unas características biológicas y otras culturales que nos conducen a no instalarnos en lo recibido.

Es Zubiri quien conceptualiza la historia como *transmisión tradente*²⁸, como cadena de transmisión genética, pero al mismo tiempo como entrega de formas de estar en la realidad; esta última parte es la que nos interesa. Desde esta concepción, la *tradición* hace referencia a la entrega y a la recepción de modos diversos de estar y de vivir en el mundo. En este sentido la participación social ha recibido unos modos de estar instalado en la realidad que han valido para su momento y su lugar. Son los recursos con los que contamos y que heredamos de otros. Esos modos no caen en el olvido, ni necesariamente hay que repetirlos; es preciso superarlos por la vía de la progresión, de llevar hacia adelante eso que hemos recibido sin caer en mimetismos desfasados. Precisamente lo que recibimos en forma de valores, maneras de estar en el mundo, opciones estratégicas, modelos de desarrollo, prioridades políticas, etc, se convierte en posibilidades que recibimos y ante las cuales hemos de optar, tenemos el poder de optar. “Aunque el hombre pueda crear posibilidades, siempre será apoyado en otras que le han sido entregadas”²⁹.

Aquello por lo que se opta es lo que hace apropiarnos de esas posibilidades, hacerlas mías y nuestras, y en esa medida la historia se nos ofrece como proceso progresivo de capacitación de nuevas posibilidades con las que enfrentamos los viejos y nuevos retos. En este momento histórico la participación social ha de tomar conciencia de que debe apropiarse de nuevos espacios de radicalización democrática, de visibilización de sus propuestas de desarrollo, de concertación intercultural donde lo diverso se respete. En este sentido, la participación construye historia en la línea de creación de posibilidades para establecer condiciones de vida más plenas, más humanas y más justas.

Sin embargo, la participación no solo se enfrenta al riesgo de la repetición de modos de movilización y de acción colectiva caducos, sino que puede legitimar y asentar viejas estructuras o colocarse al servicio de las administraciones públicas desde la lógica funcional al desarrollo acrítico de determinadas políticas; en esos casos, también la participación legitima estrategias que no caminan en la dirección del cambio social.

²⁸ ZUBIRI, X, *Estructura dinámica de la realidad*, Alianza, 1989, 263 y ss. En este punto seguimos la reflexión aplicada de esta concepción filosófica según ELLACURIA, I, *Filosofía de la realidad histórica*, Trotta, Madrid, 1991, 392 y ss.

²⁹ ELLACURIA, I, *Filosofía de la realidad histórica*, o.c., 412.



El horizonte de la participación ha de ser el de la transformación social desde la conciencia de que esa transformación no es solo la resultante final de los procesos en marcha sino que la misma puesta en marcha de ese tipo de proceso, que apunta en esa dirección, ya es en sí mismo transformador en la forma de convocar, en el desarrollo de la acción, en los momentos que se pactan, en los sentimientos que suscita, en la identificación con determinados valores que se logra. La apropiación de posibilidades en sí misma no tiene sentido; lo adquiere cuando mira al horizonte de transformación social.

Ciertamente esta dinámica histórica no está exenta de conflictos, contradicciones y hasta equivocaciones. No estamos tensados hacia un futuro cierto y seguro. A la participación social se le puede aplicar exactamente la misma reflexión que señala Castells al referirse a las sociedades compuestas por agrupaciones bien diferenciadas: "son estructuras sociales contradictorias surgidas de conflictos y negociaciones entre diversos actores sociales, a menudo opuestos. Los conflictos nunca acaban, simplemente se detienen gracias a acuerdos temporales y contratos inestables que son transformados en instituciones de dominación por los actores sociales que lograron una posición ventajosa en la lucha por el poder"³⁰. Nada más lejos del optimismo ingenuo. La toma de conciencia histórica no busca unanimidades ni coloca un anzuelo de certeza en nuestro quehacer. Simplemente nos posiciona como agentes de transformación en medio de conflictos internos y externos que forman parte de nuestro paisaje y que nos conducen a la reflexión y a la acción sobre el poder político y la posición de la participación social en ese escenario.

³⁰ CASTELLS, M, *Comunicación y poder*, o.c., 38.

EL AGOTAMIENTO del sistema neoliberal, el avance de la globalización y el asentamiento de la sociedad en red condicionan nuevas referencias políticas, que sitúan especialmente al poder político en un campo de poder donde no solo emite y decide sino que recibe y se ve cuestionado. Especial importancia cobra el cuestionamiento de dos de los pilares básicos del poder en occidente: la democracia y el Estado. La participación social se hace eco de la necesidad de *más política y menos Estado*, porque lo que se está agotando es una determinada forma de hacer política: la que corresponde a la era de la sociedad limitada territorialmente e integrada políticamente³¹.

Nuevas formas de gobernar en el espacio público se hacen necesarias. Siguiendo la racionalidad científico-técnica, la gobernanza actual propiciada desde los poderes públicos se basa en la separación, la sectorización y la distinción. No se trata tanto de retirar al Estado al banquillo de los suplentes, sino que acepte el hecho de que una nueva sociedad civil organizada debe ser incorporada al escenario de una gobernanza cooperativa y relacional. Esta convicción es clave pues entendemos, con Victoria Camps, que “la salud de una democracia no depende solo de la existencia de unas instituciones sino de la cooperación de una ciudadanía activa”³². Evidentemente este paso se puede hacer de manera aceptable desde una concepción de sociedad civil emancipadora, opuesta a la liberal, básicamente entendida como lugar alternativo del Estado bajo el paraguas único del mercado.

Partiendo de la reflexión de Monedero³³ sobre esta cuestión, podemos caracterizar la sociedad civil organizada en clave de emancipación, a través de los siguientes rasgos:

- Considera que existe un campo de juego fundamental en el ámbito público no administrado y que está formado por un tipo de ciudadanía activa.
- Se organiza de manera flexible y entiende la misma participación en clave de acción política desde la defensa del interés colectivo.
- Busca nuevas formas de hacer política implicando a la ciudadanía en relación con la vida cotidiana colectiva.
- Se compromete en la creación de redes sociales que fomente un pensamiento y una acción innovadores.

³¹ INNERARITY, D, *El nuevo espacio público*, o.c., 217.

³² CAMPS, V., *El declive de la ciudadanía*, o.c..

³³ Cfr. MONEDERO, JC, *La trampa de la gobernanza. Nuevas formas de participación política*. www.2015ymas.org/IMG/pdf/Anuario_2003_02_E_LATRAMPA.pdf



Desde esta clave, lo que la participación social tiene por delante es el reto de construir un poder cooperativo, lo cual lleva consigo la reinención del Estado y de la democracia, como superación del actual momento de declive democrático y de naufragio del Estado. Este reto comporta que la acción colectiva “debe asumir como eje de su reflexión una noción clara de lo que quiere conservar, lo que quiere desterrar y lo que necesita reconstruir”³⁴. La articulación política que se precisa ha de convivir tanto con una visión reformista, gradual, que parte de los marcos institucionales existentes, como revolucionaria, que es frontal, reclama lo urgente y lo imposible y que construye su propuesta frente al marco institucional actual. En definitiva, la participación social se enmarca en el espacio del gobierno cooperativo donde se entrecruza:

- La *negociación* desde los marcos institucionales, llegando a acuerdos, promoviendo acciones conjuntas con los poderes públicos, conquistando mejoras desde la presión que se articula en procesos de negociación, especialmente en la esfera de las políticas locales.
- La *coordinación*, en la mesa común de una cooperación con derecho a la disidencia. Allí donde crecen las interdependencias entre territorios y ámbitos de actuación, crece también la necesidad de coordinación.
- La *movilización* frente a las instituciones políticas y económicas tradicionales como forma de protesta y de propuesta visible y que ha de ser comunicada a toda la ciudadanía.

Más allá de la postura reformista o la revolucionaria estas claves de estrategia para la acción colectiva reclaman un nuevo referente teórico, que bien pudiera ser lo que Morin caracteriza como *metamorfosis*. “La idea de metamorfosis, más rica que la de revolución, contiene la radicalidad transformadora de ésta, pero vinculada a la conservación (de la vida o de la herencia de las culturas)”³⁵. En un nuevo tiempo como en el que nos encontramos, hemos de reconsiderar que, efectivamente, a lo largo de la historia los cambios importantes comienzan siempre con una innovación, un nuevo mensaje rupturista, marginal, modesto, a menudo invisible para sus contemporáneos. Esta innovación comporta fuertes dosis de rebeldía frente a lo establecido, capacidad de desplegar energías y abrir nuevos caminos sobre el camino que se está transitando. Así comenzaron las grandes religiones, los sistemas políticos y económicos que hoy conocemos, por no hablar del progreso científico y la idea de paradigma.

³⁴ IBID

³⁵ MORIN, E, *Elogio de la metamorfosis*, en El País, 17/01/2010

³³ Cfr. MONEDERO, JC, *La trampa de la gobernanza. Nuevas formas de participación política*. www.2015ymas.org/IMG/pdf/Anuario_2003_02_E_LATRAMPA.pdf



El nuevo paradigma político que se teje entre la participación social y el poder político se alza como metamorfosis del espacio público en el cual la gobernanza no se realiza si no es mediante la fórmula de un Estado activador y cooperativo y la potencialidad de una sociedad civil que despliega su capital social y el compromiso creativo de la ciudadanía. De este modo la política podría entenderse como una “organización de las interdependencias”³⁶. La participación social introduce un elemento de reorientación de la labor de las Administraciones Públicas, que podríamos sintetizar, con Innerarity, en los siguientes rasgos característicos:

- Ruptura con la escala jerárquica clara y distinta que establece la Administración, vinculada a la burocracia interna y a la delimitación de los ámbitos del poder.
- El buen gobierno pasa por una combinación de procedimientos que transitan por la puesta en común de valores desde el ejercicio de la confianza que mueve a la cooperación.
- Los procedimientos son más importantes que las estructuras, de manera que interesa poner nombre a los procesos en marcha más que a las instituciones o estructuras que ya dejan de ser lo que estaban siendo y que adoptan nuevas formas y posiciones en el ámbito público.

Lo que importa, en definitiva, es que la participación social, en su vinculación coordinada con el poder político, y como forma cooperativa de ejercer un modo de gobernanza democrático, se aproxime con más claridad que en la actualidad a la democracia entendida como “todo para el pueblo con todo el pueblo”³⁷, lo cual implica una triple legitimidad:

- legitimidad de origen: es del pueblo, de sus representantes políticos y de sus organizaciones y movimientos sociales de donde emana la capacidad de gobernar en el ejercicio del poder;
- legitimidad de ejercicio, desde los procedimientos de acción cooperativa;
- legitimidad de resultados: es el pueblo el que tiene que verse beneficiado por la gestión de gobierno, poniendo especial atención en el desarrollo de condiciones de vida digna y justa para los sectores más vulnerables y desprotegidos.

Evidentemente, la propia concepción de *pueblo* ha de verse sometida a revisión, por cuanto es un constructo que debe situarse en tensión dialéctica entre individuos y colectivos, va más allá de la comunidad territorial nacional, se vincula al espacio natural y al planeta Tierra y se proyecta en la población de generaciones futuras.

³⁶ MAYNTZ, cit. Por INNERARITY, D, *El nuevo espacio público*, o.c., 205.

³⁷ MONEDERO, JC, *La trampa de la gobernanza*, o.c.



El poder político se ha servido de numerosas ficciones mentales para articular su desarrollo: a la noción de pueblo podríamos añadir las de soberanía, nación, patria, voluntad general, derechos humanos o dignidad, entre otras. Desde ellas la humanidad en ocasiones ha progresado como tal y en otras determinados poderes se han servido de ellas para tiranizar y golpear en el palo mayor de la convivencia.

La ficción es necesaria siempre y cuando no se fosilice en el tiempo, se manipule o se haga de ella un nuevo dogmatismo ciego. La ficción vale tanto en cuanto dignifica y hace posible la convivencia; es decir, cuando sirve para la construcción de acciones proactivas que posibiliten la vida en común, mientras que la ficción cae en el engaño personal y colectivo cuando se utiliza para poner en marcha acciones reactivas de supervivencia del más fuerte, en contextos de pluralismo cultural o religioso, como los que actualmente vivimos

José A. Marina equipara ficción con proyecto. En efecto, “un proyecto es una idea, un *ficto*, una ficción que queremos convertir en realidad; las ficciones no dirigen la construcción de algo, sino que sirven de cimiento para la construcción de algo”³⁸. Ciertamente hay ficciones como raza, lengua, religión o soberanía que han hecho del siglo XX un tiempo de destrucción y de deshumanización que ha conducido al desencantamiento del mundo. Por eso el rearme moral que exige la participación social en este nuevo tiempo ha de reinventar el proyecto del gobierno del pueblo para el pueblo en un contexto de sociedad en red, de manera que con esa ficción necesaria, en tanto que invención creativa, la humanidad encuentre vías de convivencia y de desarrollo. En ese proceso radica una de las grandezas y de las fragilidades de la misma participación social.

La radicalización de la democracia y la modificación hacia un Estado cooperativo y relacional son dos referentes de la participación social que, sin embargo, encuentra en los siguientes versos de Facundo Cabral una síntesis mucho más sencilla:

**Hasta que el pueblo las canta
las coplas coplas no son,
y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe el autor.**

³⁸MARINA, JA, *La pasión del poder*, Anagrama, Barcelona, 2008, 210.



A la búsqueda de nuevas mediaciones

AL PODER político en su configuración como Estado y como democracia representativa le cabe el deber de renovarse, pero muy especialmente el campo de la participación de la sociedad civil organizada ha de encontrar nuevos mecanismos de acción, organización, movilización y coordinación para que logre alcanzar los resultados deseados. Los movimientos altermundistas encarnan lo mejor y lo peor de esta necesidad sentida. Antes de entrar en ellos analicemos la fuente que sirvió de inspiración de tales movimientos.

En la sociedad red que habitamos, fue a mediados de los años 90 del anterior siglo cuando vislumbramos un nuevo modo de entender la participación social. Junto con el MST (Movimiento Sin Tierra) brasileño, quizá el movimiento zapatista aglutinó un sentir y unas claves de acción que más tarde han dado paso a posteriores movimientos y articulaciones sociales. Unos pocos años antes en España, las movilizaciones del 0,7 sembraron una incipiente forma de participar en la plaza pública.

En el caso del movimiento zapatista observamos una triple apuesta:

- Por la radicalización de la democracia; en el contexto mexicano de partido único y de fraude democrático, la insurgencia no clama por una subversión total sino por la insurrección ante una democracia devaluada desde una convicción de personas que se sienten demócratas.
- Por el ensanchamiento de la sociedad civil organizada en la búsqueda de la incidencia política y no del poder político a través de los partidos políticos. Detrás del movimiento zapatista nunca hubo un embrión de futuro partido político ni trampolín para un futuro diputado o presidente de la nación.
- Por la estrategia de comunicación global a través de las nuevas tecnologías de la información, de manera que internet se convierte en la gran arma de este movimiento, para plantear sus denuncias, reivindicaciones y propuestas.

Estos tres ejes modelan la identidad de un nuevo espacio de participación social que años más tarde se expresa en los llamados movimientos altermundistas, que comenzaron a fraguarse a través del Foro Social Mundial (FSM). Ciertamente el FSM comienza su andadura como grupo de denuncia frente al neoliberalismo, como espacio de antiglobalización económica. En una segunda etapa los foros se fueron cargando de propuestas ante la protesta mediática de que eran meros grupos de denuncia. El paso del rechazo a la propuesta va vinculado a la convicción de que otro mundo es posible y necesario. El problema es que el FSM siempre se ha entendido como espacio y proceso y nunca como una entidad definida, de modo que las cientos de propuestas que salen en los últimos encuentros no pueden ser jerarquizadas ni articuladas. Las luchas internas y



los intentos puristas, unidos a la falta de autocrítica han generado un desgaste progresivo en la fórmula que da pie a los distintos FSM. Cuesta ver los resultados concretos de estos foros más allá de la bondad y creatividad de cada encuentro. Como señala Bernard Cassen “el nuevo contexto internacional impondrá, incluso en la concepción de estos Foros, la búsqueda de nuevas fórmulas de articulación entre movimientos sociales, fuerzas políticas y gobiernos progresistas”³⁹. Es lo que se designa como el post-altermundismo que sin sustituir a altermundismo, adopta una nueva figura de continuidad y metamorfosis. Ya en el Foro de Belem de 2009 se pudo atisbar alguna novedad respecto a años anteriores: el diálogo y la cooperación entre los presidentes de Bolivia, Venezuela, Ecuador y Paraguay con representantes de movimientos sociales. En definitiva, siguiendo la lógica de la gobernanza cooperativa que venimos reclamando, se están buscando fórmulas de alianzas creíbles que definan una relación nueva entre movimientos sociales y actores políticos que ayuden a fraguar una alternativa progresista y emancipadora de cambio social.

El caso de las ONG quizá reclama un tipo de reflexión que no tiene cabida en estas páginas. Sin duda las ONG constituyen un referente cercano que articula buena parte de la escasa participación de la sociedad civil, el menos en España. Si embargo no se nos oculta que la mediación histórica de las ONG en continuo tránsito ofrece serios problemas. Recogemos algunos de ellos:

- Las relaciones de dependencia financiera hacia las administraciones públicas que convierten con facilidad a las ONG en brazo ejecutor de las políticas del Estado.
- La tendencia de las ONG hacia la prestación de servicios tanto en la esfera de la exclusión social como en la de la cooperación internacional, desde la maximización de los proyectos para los afectados y el distanciamiento respecto al empoderamiento de los mismos en sus procesos de emancipación.
- La conformación de ONG que se asemejan a trenes con extraños compañeros de viaje: militantes desencantados junto a nuevos ejecutivos de la solidaridad; burócratas que intentan llegar a fin de mes junto con voluntarios apasionados; voluntarios que prolongan su esfera del poder perdido otrora en la empresa junto con trabajadores que combinan la honradez laboral con otras pertenencias culturales, sociales o políticas.
- La tendencia a valorar la política como espacio de co-gestión y de negociación por encima de la movilización, la creatividad y la propuesta alternativa que igualmente puede culminar en nuevos espacios de diálogo y de cooperación.

³⁹CASSEN, B, ¿Hacia el “post-altermundialismo”?, en LE MONDE DIPLOMATIQUE (en español), nº 171, 2010, 26



- La búsqueda de una base social centrada en la colaboración económica más que en la de creación de conciencia social y necesidad de cambio global.
- El déficit de política de comunicación de lo que se hace, de lo que se pretende, de lo que es necesario pensar y hacer.
- La ausencia alarmante de pensamiento político, capaz de vincular desde dentro de las mismas organizaciones la participación social con la radicalización de la democracia, o el desarrollo de los pueblos del Sur con el empoderamiento real de los afectados.

En cualquier caso, el problema crucial de las ONG en la esfera política es su legitimidad. Así lo expresa Marisa Revilla: “En nombre de quién hablan las ONG, es una pregunta clave que en demasiadas ocasiones no tiene respuesta. Lo cierto es que las ONG basan su actuación no en la representación en un sentido clásico, sino en la legitimidad que les da su trabajo y experiencia”⁴⁰. Este interrogante se acentúa cuando pensamos en las redes reales de organizaciones de solidaridad, ya sean plataformas o coordinadoras tanto en el ámbito local, autonómico, nacional o internacional. Cuando hemos referido la necesidad de transitar hacia una política cooperativa entre la sociedad civil organizada y las distintas esferas de la Administración pública, en este terreno nos encontramos ante una de las asignaturas pendientes de la participación social.

⁴⁰ REVILLA, M, *Las ONG y la política*, Istmo, Madrid, 2002, 85.

MUCHO queda por hacer y por pensar. En el comienzo de este nuevo milenio más que una agenda completa de citas pendientes aparece un reto global que hay que tomar como lo que en el mundo educativo se denomina *tópico generativo*, es decir un acontecimiento/tema/lugar que genera en cadena otros retos en espacios complementarios. Ese tópico generativo sin duda hoy lo constituye *el clima*, como punto de referencia y de encuentro de organizaciones solidarias, Estados e instituciones internacionales como la ONU. En la reflexión y acción sobre el medio ambiente intervienen una serie de elementos centrales: evitar la destrucción del planeta, opción por las energías renovables, decisiones a favor del acceso al agua, protección de las selvas y de los ecosistemas y soberanía alimentaria, entre otros. Pero estas reivindicaciones están asociadas a otras claves que se han de abordar de manera complementaria. Así el clima arrastra cuestiones como: el modelo de desarrollo que protagonizamos, el abordaje y necesario control del sistema económico en alza, la sobriedad en los estilos de vida personales, la anticipación como clave ética para asegurar el futuro de las próximas generaciones, la articulación de redes sociales flexibles y potentes y la asunción de urgentes medidas políticas internacionales, como se vio tanto en la Cumbre de Río a finales del siglo pasado como en la más reciente de Copenhague. Buena parte de esta movilización global va a tener en el continente latinoamericano un laboratorio altermundista vigoroso.

A partir de de esta apuesta, la participación social se ve emplazada igualmente ante una serie de citas. Enumeramos algunas de ellas:

- La exigencia de cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, en el marco de la reflexión sobre las acciones desarrolladas y la previsión de otras futuras desde la necesidad de vincular la lucha contra la pobreza a la ciudadanía⁴¹.
- Colocar granos de arena en los engranajes que hacen circular los movimientos de capital⁴², exigiendo la supresión de los paraísos fiscales, el aumento de impuestos a los ingresos del capital y la aplicación del impuesto a las transacciones de divisas (tasa Tobin).
- La puesta en marcha y, en su caso, la profundización de los presupuestos participativos en los ámbitos locales, donde la democracia directa y la representativa vaya más allá de la concesión simbólica de una mínima partida del presupuesto municipal para dar un baño cosmético de participación.
- La apuesta por la globalización de la democracia y la consolidación tanto de procesos electorales libres como la apertura hacia nuevas formas de democracia directa.

⁴¹ Siguen vigentes las reflexiones y propuestas planteadas por MARTÍNEZ OSES, P, *Objetivos del Milenio*, PPC, Madrid, 2005.

⁴² Cfr. RAMONET, I, *La catástrofe perfecta*, o.c., 109-110.



- La celebración de auditorías ciudadanas sobre la calidad de la democracia, con el fin de incrementar la participación popular y generar mayores dosis de corresponsabilidad. Igualmente será necesario avanzar en la transparencia de las organizaciones de solidaridad y sus plataformas de representación a partir de los mecanismos que estas mismas estimen oportunos.
- La articulación de redes efectivas de solidaridad, participación y comunicación ante el resto de la sociedad, convirtiendo al ciudadano global en sujeto capaz de moverse entre esas redes.
- Presionar para que todos los gobiernos estén comprometidos en la defensa de los derechos humanos y en todos los tratados internacionales vinculados así como en el compromiso por la cooperación con las diferentes formas de justicia supranacional.
- La habilitación de una iniciativa legislativa popular con capacidad de incidir en leyes, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. El Nuevo Tratado de Lisboa permite la iniciativa popular de ámbito europeo, a partir del millón de firmas, lo cual representa un primer paso hacia el desarrollo de una democracia directa supranacional.



- El apoyo a todos los procesos contra la impunidad, desde la perspectiva del rescate de la verdad de lo acontecido, la restitución de la dignidad de los afectados y la reconciliación –en la medida de lo posible–.
- La articulación de métodos creativos de consulta ciudadana, desde la fortaleza de la cultura del diálogo y la deliberación ética, con vocación de vinculación en las decisiones finales.





CLAVES PARA EL 2015

PARTE V

La órbita del proceso educativo a largo plazo

Una de las características de nuestro tiempo es la aniquilación del mismo concepto de tiempo a partir del uso de las tecnologías de la comunicación y desde lo que Castells describe como “el incesante esfuerzo por aniquilar el tiempo negando la secuenciación”⁴³. Y la secuenciación, ya sea desde un modelo lineal o en espiral, es clave en todo proceso educativo. Y ciertamente la participación social que ha de nacer de la encrucijada histórica en la que nos hallamos ha de tomar cuerpo, forma y consistencia no de manera instantánea, sino a través de múltiples tentativas que se desarrollan en el tiempo real que torpemente transitamos los seres humanos.

El mismo Castells describe de una manera muy gráfica cómo en la sociedad industrial, centrada en la idea del progreso y del desarrollo, el *llegar a ser* estructuraba el *ser*; de algún modo, el tiempo moldeaba el espacio; se daba tiempo al tiempo. Sin embargo en la sociedad red, el espacio de flujos disuelve el tiempo y lo convierte en una cadena de acontecimientos simultáneos, de modo que el *ser* anula el *llegar a ser*⁴⁴. Este hecho tiene unas consecuencias incalculables que conviene tener en cuenta, aunque no podamos desarrollarlas con rigor en estas páginas. Tan solo una reflexión de urgencia: pensemos en las gentes sencillas que comienzan su andadura en procesos de participación social. Cuán importante es hacerles partícipes del diagnóstico de la realidad, de la extracción de prioridades de acción, de secuenciar esas acciones, evaluarlas. En cierta ocasión conversando con Frei Betto y ante mi pregunta por la experiencia de los presupuestos participativos de Porto Alegre confesaba que para él lo más importante era que aquello había sido posible gracias a más de treinta años de educación popular. Participación social y proceso educativo necesariamente van de la mano, y se trata de un proceso ineludiblemente lento, como el futuro que trae hasta el presente: lento, pero viene (Benedetti).

⁴³ CASTELLS, M, *Comunicación y poder*, o.c., 64.

⁴⁴ Cfr. IBID.



Conjugar presente con futuro

ENCONTRAMOS dos maneras a través de las cuales la participación social podría ensanchar el presente en tensión dinámica hacia el futuro. En primer lugar tomando como eje de su que-hacer el cosmopolitismo que busca la complementariedad en la diversidad, y que parte de la diversidad como un dato constitutivo de la realidad con el que hay que comenzar a tejer redes de complicidad y objetivos compartidos. Hace unos años la diversidad era un concepto abstracto y futurible que inundaba las discusiones y planteamientos educativos de este país. Hoy, rechazar la diversidad, más allá de posturas fundamentalistas o conservadoras, es negar la realidad. Por ello el cosmopolitismo implica flexibilizar identidades, convertir al extraño en invitado para hacer posible una participación novedosa que encuentra en el pluralismo una riqueza y no una amenaza. Nos encontramos ante un reto de cambio de mentalidad enorme, y que no se logra en un instante; precisa de tiempo para atisbarlo, asimilarlo e incorporarlo.

En segundo lugar, frente a la aceleración histórica, la participación social ha de reclamar su lugar entre quienes trabajan por recuperar el porvenir, a partir de la anticipación responsable. Así, el movimiento ecologista ha apostado por anticipar futuros posibles en la línea de prevención y de anticipación ante un planeta que se nos va de las manos. Ser solidarios con las generaciones futuras activa un resorte que actualmente se halla marcado en nuestras mentes con el fuego de la urgencia.

Estas dos maneras de conjugar presente con futuro reclaman la compañía de la utopía como compañera de camino. Lejos queda la utopía dogmática y esencialista, plantada al final de un sendero imposible. Utopía dogmática e identidad cerrada y sectaria con frecuencia han ido de la mano y en ese paisaje fosilizado se ha ido secando y ha quedado orillada demasiada buena gente. La participación social recupera, desde su praxis solidaria, la modestia de las cosas chiquitas –recordamos con Galeano– que no acaban con los males de este mundo, pero que prueban día a día que la realidad es transformable, tan de a poquito como seamos capaces. Entonces, la utopía se convierte en la atmósfera que nos permite vivir.

Desde Brasil, Lola Campos con más de 16 años de experiencia de cooperante relata su vivencia de la *caminhada* popular:

“...Y ahí uno descubre que en este universo de la cooperación, *del encuentro con el otro*, a ese *otro*, peregrino de márgenes, no se le ve fácilmente. Hay que otear detenidos y en silencio. Lo camufla una selva de tejidos rotos y si no tomamos cuidado con nuestras prisas, no, no le vemos.

...Y uno también se da cuenta que en este universo de la cooperación, *del proyecto con el otro*, hay que hacerse visionario de un futuro. No puede el



"*fast-time*" con su fiebre del "ya" e impaciencia acumulada darnos una pista siquiera. El *tiempo del corazón* (donde anidan utopías, ideales, poesía) es quien abre con delicadeza los párpados hacia *nuestro* horizonte. El sueño de los pobres. El rastro irá marcándose con sinfonía de pasos. Uno y otro. El que fue con el que es, el que es y el que será... Habrá momentos, primordiales, para subir la colina juntos y contemplar el camino. Tiempo al tiempo para desvendar sentido".

Presupuestos para echar a andar

LA PARTICIPACIÓN es medio y es fin. Sirve de catapulta para la consecución de unos determinados objetivos sociales y políticos y al mismo tiempo constituye un valor en sí mismo donde se conjuga la solidaridad, el trabajo en equipo, y tantos otros compañeros de camino que estructuran toda una pertenencia cívica, con independencia de su mayor o menor eficacia.

A la hora de poner en marcha una hoja de ruta participativa hay que tener en cuenta ese dato. Al mismo tiempo es preciso tener bien presentes las dificultades y posibilidades de aquello que se pone en marcha. A continuación presento la síntesis de un taller que realicé con organizaciones de la sociedad civil de México DF en el año 2008, acerca de la oportunidad de la participación social.

DIFICULTADES PARA LA PARTICIPACION SOCIAL	LO QUE FAVORECE LA PARTICIPACION SOCIAL
ÁMBITO PERSONAL: <ul style="list-style-type: none">• Apatía• Falta de tiempo• Experiencias negativas• Frustración ante las instituciones políticas• Baja autoestima: "No voy a poder"	AMBITO PERSONAL: <ul style="list-style-type: none">• Experiencias de demandas de mejores servicios• Concientización• Motivación desde logros conseguidos• La experiencia de otros
ÁMBITO ORGANIZATIVO: <ul style="list-style-type: none">• Liderazgos caciquiles• Intereses particulares en cada organización• Falta de credibilidad y de resultados• Ausencia de metodología, de formación• Indefinición de planes de trabajo• Lentitud en la toma de decisiones	AMBITO ORGANIZATIVO: <ul style="list-style-type: none">• Nuevos liderazgos que faciliten y acompañen la participación• Credibilidad de ciertas organizaciones• Planificación y evaluación de los procesos participativos• La inmersión en lo colectivo• Organizaciones que apuestan por rehacer el tejido social
ÁMBITO CULTURAL-POLÍTICO: <ul style="list-style-type: none">• Agotamiento de las formas tradicionales de hacer política• Cultura del miedo• Inseguridad• Corrupción y fraude• La desarticulación social• Neoliberalismo, contrario al bien común• Ausencia de educación cívica• Ausencia de una cultura de la solidaridad• Autoritarismo/Paternalismo: crean dependencias• Cultura individualista	AMBITO CULTURAL-POLÍTICO: <ul style="list-style-type: none">• Iniciativas de mejora desde las administraciones públicas• Libertad de expresión• Situaciones críticas: desastres• Acontecimientos significativos: sucesos del 68, terremoto del 85 (caso de México)• Se abren nuevas condiciones y espacios de participación

UNA de las críticas que se vierten frente a los movimientos altermundistas es que son capaces de ganar la calle por un instante e incluso son hábiles para introducir parte de sus propuestas en la agenda política, pero sin embargo pierden visibilidad y discurso⁴⁵. Introducirse en la agenda no basta si no va acompañado de una consistente reflexión y pensamiento político de fondo.

La participación –hemos visto a lo largo del presente trabajo- reclama de este tiempo nuevos sujetos capaces de transformar el *nosotros* exclusivista en un *nuestro* inclusivo. Ese tránsito ha de hacerse en pleno desarrollo de la sociedad red donde el tiempo no acompaña la lógica de los procesos. Es más, la sociedad red valora más el conocimiento que el pensamiento. Como afirma Vicente Verdú en un artículo a mi juicio básico para quienes campan en los contextos de la participación solidaria, “pensar, lo que se dice pensar, resulta ya demasiado lento para ejercer una acción”⁴⁶. El conocimiento reclama un vuelo instantáneo y veloz. El producto y lo productivo se come el resto del proceso de construcción.

La participación reclama cabezas capaces de poner fundamentos a partir de la praxis que se va viviendo. El pensamiento que se necesita es aquel que coloca la cabeza en los pies; es decir, que es capaz de pensar con los pies sobre el camino cansado por tantos pies y generaciones caminantes, como poéticamente sugiere Pedro Casaldáliga. Es el pensamiento que bebe de la acción y a la acción vuelve enriquecido para que la participación no sea feudo de voluntaristas sin descanso ni refugio de neosolidarios de campaña estética.

⁴⁵ Cfr. El País, 8/01/2010

⁴⁶ VERDÚ, V, *El fin del pensamiento*, en El País, 14/11/2009.



Claves para la participación social

PARA TERMINAR, y recogiendo parte de lo expresado en estas páginas, quede a modo de decálogo estas claves que tejen los hilos de una participación social cooperativa y transformadora; necesaria y posible.

1. La participación social es un fin en sí mismo. Es un valor que desde su puesta en marcha promueve el bien común y la justicia. Participar es mirar al otro y abrirse a un espacio de mayor humanización.
2. La participación conlleva transitar de la queja, la apatía y la frustración a la actitud esperanzadora, positiva y constructiva: las cosas pueden cambiar.
3. La participación social implica sumergirse en un proceso de acción colectiva: suma voluntades. Como tal es un proceso educativo, que crece por la vía de la credibilidad.
4. La participación se teje desde el acuerdo inicial de unos pocos, aunque no estemos todos.
5. La participación conlleva metodología de trabajo que nace de las experiencias de desarrollo comunitario: diagnóstico de la realidad, prioridades de intervención, plan de acción calendarizado y evaluación.
6. La participación social reclama el concurso de otras organizaciones. La puesta en marcha de redes y plataformas facilita los espacios de participación y procura mejores resultados.
7. La participación social implica muchas formas de acción: voluntariado de proximidad, reclamaciones colectivas, escritos a las instituciones gubernamentales, manifestaciones, reuniones, comunicación a los vecinos, etc.



8. La participación social es una forma de incidencia política. No hacemos política de partido, pero desde la sociedad civil organizada tendemos puentes de propuesta o de reivindicación hacia las diferentes Administraciones Públicas.
9. La participación social es creadora de una cultura de la solidaridad ascendente, crítica y humanizadora.
10. La participación social es una forma de dignificar la sociedad, que no se esconde ante la invitación a no hacer nada que nace de la cultura del miedo.





CLAVES PARA EL 2015

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA UTILIZADA

- ARANGUREN GONZALO, L.A., *Participación y globalización*, Imdosoc, México DF, 2007.
- BARTHELEMY, M., *Asociaciones: ¿una nueva era de la participación?*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2003.
- BILBENY, N., *La identidad cosmopolita*, Kairós, Barcelona, 2007.
- CAMPS, V., *El declive de la ciudadanía*, PPC, Madrid, 2010.
- CASTELLS, M., *Comunicación y poder*, Alianza, Madrid, 2009.
- CORTINA, A., *Ética de la razón cordial*, Nobel, Oviedo, 2007.
- GARCÍA ROCA, J., *Políticas y programas de participación social*, Síntesis, Madrid, 2004.
- INNERARITY, D., *El nuevo espacio público*, Espasa, Madrid, 2006.
- MAALOUF, A., *El desajuste del mundo*, Alianza, Madrid, 2009.
- MARINA, J.A., *La pasión del poder*, Anagrama, Barcelona, 2008.
- RAMONET, I., *La catástrofe perfecta*, Icaria, Barcelona, 2009.
- REVILLA, M., *Las ONG y la política*, Istmo, Madrid 2002.
- TOURAINE, A., *La mirada social*, Paidós, Barcelona, 2009.
- VV.AA., Porto Alegre. *Otro mundo es posible*, El Viejo Topo, 2001.

plataforma
2015
y más

